# LA NOVELA CORTA

10 cts.

LA NOBLEZA DE LA SANGRE

por

DIEGO SAN JOSÉ

Año IV
N.º 189

# LA NOVELA CORTA

Madrid 16
Agos. 1919

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Para que el lector juzgue la importancia de **La novela TEATRAL**, transcribimos a continuación la lista de obras ya publicadas y de otras por publicar, pero cuya autorización ya nos ha sido **oficialmente otorgada.**

**GALDÓS.**—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad. - 82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

**BENAVENTE.** – 9. Todos somos unos. - 102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

**QUINTERO.**—66. Doña Clarines. - 71. El patio. - 75. La escondida senda. - 88. El niño prodigio.-*Pepita Reyes.

**GUIMERÁ.**—113. María Rosa. - 114. Tierra baja.

**LINARES RIVAS.**—16. El Cardenal.-99. La Cizaña- 101. Bodas de plata.

**MARTINEZ SIERRA.**—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

**TAMAYO Y BAUS.**—136. Un drama nuevo-*La bola de nieve.-*Lances de honor.-*La locura de amor.-*Lo positivo.-*Virginia.

**DICENTA.**—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse - 24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer. - 60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora. -92. Luciano.-**Juan José.

**ZORRILLA.**—*El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.- 131. Sancho García.- El puñal del Godo. -*La mejor razón la espada.

**VILLAESPESA.** — 10. El rey Galaor. - 23. Aben-Humeya. - 37. Doña María de Padilla.- 65. La leona de Castilla. - *El Halconero. -**El Alcázar de las perlas.

**MARQUINA.**—*En Flandes se ha puesto el sol. - *Doña María la Brava. - *El Retablo de Agrellano. - *Los hijos del Cid. - *El Rey Trovador.

**RAMOS CARRIÓN.** — 84. El noveno mandamiento. - 86. La Tempestad. - 95. La Bruja.- La muela del juicio. - 104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant. -*Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-*La criatura.

**VITAL AZA.** — 32. Francfort. - 33. La Rebotica. - 36. Ciencias exactas.-39. La Pravia na.-45. Parada y fonda.-50 Tiquis miquis. - 63. La sala de armas. - *Las codornices. - 137. El sueño dorado. - 125. El matrimonio interino.- *Llovido del cielo.-*El señor cura.- 138. El sombrero de copa. - *Con la música a otra parte.- *El afinador.-*Perecito.

**RAMOS CARRIÓN - VITAL AZA.**—*El señor Gobernador. - 119. Zaragüeta - *Robo en despoblado. -*El padrón municipal.-110 El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.- 118. El rey que rabió.

**ECHEGARAY (Miguel).** -- 44. La viejecita. - 59. Gigantes y cabezudos. - 76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo. - *La Credencial. - *Los Hugonotes.-120. Entre parientes.

**ARNICHES.**—2. La sobrina del cura. - 11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Doloretes. - 21. La señorita de Trevelez.- 43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

**ARNICHES - GARCIA ALVAREZ.** — 15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.- 83. El método Górritz. - 87. El cuarteto Pons. -97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

**GARCIA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.**— 8. El verdugo de Sevilla. - 12. Fúcar XXI. - 34. La frescura de Lafuente. - 51. El último Bravo. - 56. Los cuatro Robinsones. - 64. Pastor y Borrego.

**PASO - ABATI.**—13. El rio de oro.-40. El gran tacaño.- 116. La Divina Providencia.- *El infierno.- *Los perros de presa. - *El Paraiso. - *La mar salada. - *La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco. - *El tren rápido. - *El velón de Lucena. - *Nieves de la Sierra.-*La alegria del vivir.

**PERRIN - PALACIOS.**—74. La Corte de Faraón. - 80. La manta zamorana. - 81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.- 109. El Húsar de la Guardía.-*Enseñanza libre.

## COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-7. Charito la Samaritana.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria. -28. La Gioconda.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles.-41. Mirandolina. - 42. Genio y figura.- 47. Petit-Café. - 48. Los Noveleros.-54. La Tizona.- 55. Miquette y su mamá. - 57. Los gemelos.-73. Trampa y cartón.-111. El octavo, no mentir. - 98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tía de Carlos.-*La barba de Carrillo.-103. La Tosca.-112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-*El crimen de la calle de Leganitos.-*La señorita del almacén.-117. El obscuro dominio.- **El umbral del drama. - 126. Lo que ha de ser.-*El Revisor.-*La ciclón.-*La pesca del millón. - *Papá Lebonnard.-*Jettattore. - *El amor vela.-139. Jarabe de pico.-*El señor Duque. - *El Gobernador de Urbequieta. - 133. ¡Tocino del cielo!. - 134. Militares y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!

## ZARZUELAS

22. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcha de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-85. La balsa de aceite.-94. El padrino de «El Nene».-96. El señor Joaquín.-*Cinematógrafo Nacional. - *Certamen Nacional. - *Cuadros disolventes.-*La tierra del Sol.-*Las mujeres de Don Juan.-*El País de las Hadas.

(*) Las obras señaladas con un asterisco serán en breve publicadas, y las señaladas con dos, ya lo han sido, en los números 1, 31, 40, 17 y 7 de LA NOVELA CORTA.

# LA NOBLEZA DE LA SANGRE

NOVELA EJEMPLAR, QUE EN DESCARGO DE OTRAS SUYAS QUE SON ALTO Y DESAPRENSIVO ELOGIO DE LA BRIVA Y LA GALLOFA, ESCRIBE Y PUBLICA «SIN LICENCIAS»

## DIEGO SAN JOSÉ

### A MODO DE PREAMBULO

Amigo y hermano lector: Esta novelilla que ha urdido mi pluma con el buen deseo de distraerte un poco, no parece hermana de otras mías, porque tiene más honestidad y menos gallofería que sus antecesores. Es como decían los ingenios morales de la aurea centuria una novela ejemplar, porque en ella no se trae a cuento vicios ni bellaquerías. Es mansa y apacible, corre como el agua serena y tranquila entre riscos y saltos, y al cabo apaga sin gran placer el ansia de lectura, pero yo te fío que no hace mal.

Esta como aquellas otras pocas hermanas suyas, *El sombrero del Rey*, *Memorial cortesano* y *La niña de plata* bien puedes dejarla al alcance de ojos honestos, que yo te aseguro desde ahora que no se han de retirar espantados, ni les dará la insana curiosidad de proseguir la lectura por gustar la tentadora fruta del bien y del mal.

No han de inquietarse las conciencias ni los cerebros; luego de que cierren el librico puede que les quede por algunos momentos el recuerdo de lo leído; pero será una estela muy breve que no les permitirá hacer ni elogios ni vejámenes de la pluma que lo escribió...

### CAPITULO PRIMERO

Poco había que el esquiloncillo del vecino monasterio de las Trinitarias llamara a coro.

Aun parece que percutía en los aires tan débil eco como estela del sonido.

Todo era paz en la casa.

Doña Aurora, allá per los aposentos interiores ayudaba disponiendo y revisando las domésticas faenas.

Inesica, recogióse en el cuarto de labor bordando un escapulario, y don Juan Manuel en la somnolienta penumbra de su estudio muy embutido en un amplio sillón destos que llaman fraileros, engolfábase en un fárrago de papeles que a lo que se colige habría de ser algún embrollado proceso de los muchos famosos que

---

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales, bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

encomendábanse a su defensa, pues en la corte era tenido por tan buen letrado como don Francisco de Contreras y don Diego del Corral, considerados entonces los más famosos proceres de la magistratura.

De vez en cuando dejaba de mirar los libros para escribir nerviosamente en un cuadernillo apaisado.

La luz de la calle filtrándose medrosamente por la entreabierta madera venía a dar de lleno sobre la blanca cabellera del hidalgo.

En verdad que el conjunto del caballero y la estancia componían un cuadro místico.

Como el buen viejo envolvíase en una especie de balandrán usado y sobre la mesa presidía una imagen del Crucificado a cuyos pies, oficiando de ara posaba una auténtica calavera que casi tocaba con la faz de don Juan Manuel, tomarse pudiera el heterogéneo grupo por los modelos de un lienzo que la austera maestría de Zurbarán había de componer para la celda de algún monje cartujo.

A poco de permanecer en la estancia, acostumbrábase el mirar a la media luz que la envolvía y veíase un vasto aposento severamente amueblado.

Destacaba en el centro un enorme brasero sin lumbre (que al tiempo que se comienza esta relación, más de un mes había que la primavera hizo su entrada triunfal con las galas de costumbre.) Haciale juego una badila que muy bien pudiera tomarse por maza de guerra.

En los lienzos que adornaban las paredes había cuadros que representaban pasajes bíblicos y vidas de santos.

De trecho en trecho quebraba el ritmo cristiano la efigie veneranda de algún antepasado; priores unos en la honorable orden de la milicia y capitanes otros en las sacrosantas y saludables banderas de Cristo.

Recios sillones de cuero y dos añosos *bargueños* en el mismo *Bargas* nacidos cerraban marco a la austera decoración.

En la amplia vidriera que daba acceso a la antesala sonaron unos discretos golpes y luego, como señora que los enviaba por delante una humilde y masculina voz que pedía licencia para entrar.

Dióla don Juan Manuel y embocó en el aposento un mozo de servicio sustentando en la diestra unos legajos que fué a poner en las manos del caballero al mismo tiempo que le decía:

—Cartas hay de Palencia y de Zaragoza.

—De mi cuñada la priora tienen de ser las de Palencia—dijo el hidalgo—. Llévalas a su merced.

Rompió luego el sello de las otras y preguntó si no había llegado correo de Cádiz a que respondió el mozo que sí pero que no traía nada para casa. Y tras esto salió el mozo dejando al amo con la estafeta recién llegada.

Apenas don Juan Manuel quedara solo dióse a revisar la correspondencia que no era de más de dos cartas y a cada renglón que leía de la primera mudábasele el semblante y castañeteábanle los dientes, señal inequívoca de profundo disgusto que era siempre como nube anunciadora de horrísona tormenta.

—Más rencillas y sinsabores tiene de darme esta maestranza que pasos me costó el caer en ella—, exclamó doblando cuidadosamente el primer pliego.

Y rompiendo enseguida el sello del otro, leyó a media voz, sin darse cuenta de que las razones escritas en el papel escapábansele por la boca:

«Excelentísimo señor y protector desta santa casa:

«Dice nuestro padre San José de Calasanz que nunca está el hombre más cerca de la bienaventuranza, que cuando recibe con humildad y evangélica paciencia las tribulaciones y los golpes conque Su Divina Majestad pruébale el temple del espíritu y vuecelencia que es tan buen cristiano y pulquérrimo observador de los altísimos preceptos de nuestra Santa Madre la Iglesia, está en el justo deber de honrar esta piadosa máxima de nuestro glorioso fundador.»

«Preparado el ánimo de vuecelencia con la recordación deste piadoso aforis-

mo, paso a decirle que ayer hubimos de padecer una nueva desventura de vuestro hijo don Diego, y no está lo peor en que nosotros la padeciéramos, sino el que se halle su libertad, cuando no su vida, en verdadero peligro y la honorabilidad de la casa de vuecelencia en hablillas y comadreos, por el ilustre apellido que lleva.»

«Pensando—confieso, señor que con alguna ligereza—, que ya don Diego fuese escarmentado de la desdicha pasada cuando las revueltas de Mayo en que como vuecelencia sabe, hubimos menester de echar mano de todo valimiento y prestigio de la orden para librarle de las justas iras del señor Corregidor que a toda costa quería encarcelarle, permitímosle ayer tarde salir por primera vez de la reclusión en compañía de un hermano lego, fiados en su buen comportamiento mientras el tiempo que duró el suave castigo.

«Pero ¡ay excelencia! que apenas el mozo salió a la calle, olvidando el respeto que debe a su casa y el santo temor a Dios burló la guarda del lego y entróse en un burdel donde acostumbran a reunirse de ordinario unos rufiancillos cofrades de sus pasadas andanzas y correrías.

«No sé qué reales perdidos en unas *quinolas* y qué agrias respuestas a un príncipe de la briva que cobraba el barato a ciencia y paciencia de todos los demás, hízole meterse en gresca, y a lo que parece de cuchillada en cuchillada, don Diego hubo de despenar al bravonel de oficio.

«Logró el desatalentado hijo vuestro aprovecharse del primer revuelo de confusión y acogóse a la piadosa inmunidad que Dios y el Rey nos conceden... y aquí está, en salvo, (mientras el Señor le asista) de las leyes humanas, pero con la cólera divina sobre su culpable frente.

«Muy bien se le alcanzará a Vuecelencia (varón justo de clarísimos razonamienntos) cuán difícil y comprometida es tal situación para nuestra venerable casa. Así es, que reunidos en junta los padres graves, habemos determinado, (luego de muy amplio consejo) que vuecelencia envíe por su hijo con toda cautela, mirando como se haga con menos riesgo de su seguridad personal, y Nuestro Señor, que, con sus mesmos esbirros y verdugos fué misericordioso, sin duda no dejará de serlo igualmente con esta indómita oveja que se le escapó del redil.

«Al parecer, aun no saben las gentes la culpabilidad de don Diego.

«No hay por ahora, ronda que vigile nuestra casa y haga informe de la gente que sale. Esto antójaseme muy favorable para el traslado a la corte de vuestro desventurado primogénito.

«Lamentando muy en el alma (bien lo sabe Dios) que tan desagradable suceso sea circunstancia para reiterar a vuecelencia mis respetos y obligaciones, le besa la mano como a tan grande persona.— *El Padre Rector.*

***

Don Juan Manuel, luego de tan apesadumbrada lectura quedóse por un buen espacio meditabundo y sin dejar el papel de entre las nerviosas manos.

Su mirada errante paseaba los ámbitos de la estancia, yendo a parar como fin de jornada sobre la dolorida imagen del Crucificado, y quietos ante ella los ojos y el pensamiento esperó como una santa revelación, como un rayo de luz que abriérale camino por entre las tinieblas de su magín atormentado

Tomó luego muy pausadamente la veneranda efigie y apretándola entre los dedos nervudos, hechos cintas de desesperación, muy secos los ojos, muy amarga la boca, comenzó a decir a manera de resignada plegaria aquella sublime rima teresiana, cáliz de amargura, de un corazón atribulado y joya de su siglo:

«¡Ay que dura es esta vida,
«qué duros estos destierros,
«esta carcel y estos hierros
«en que el alma está metida.
«Solo esperar la salida
«me causa un dolor tan fiero,
«que muero, porque no muero.»

Un buen espacio estuvo el atribulado puesto a los pies del Redentor.

Alzóse al cabo como si hubiera tenido la revelacion que pedía y tomando un pliego púsose a escribir...

En el aposento no oíase más ruido que el nervioso rasgueo de la pluma sobre el papel.

Por la congoja que advertíase en don Juan Manuel tan contundentes eran las razones, que como singular milagro pudiérase tener que el papel no hiciese llama.

Por la firma del escrito se hallaba cuando de nuevo abrióse la vidriera, esta vez sin peticíón de pérmiso y caló doña Aurora en la estancia.

Ponía empeño don Juan en no ser advertido de la inquietud y desasósiego, y al efecto procuraba hundir la cabeza en la penumbra.

Doña Aurora dijo que aventurábase a entrar a sabiendas de que pudiera distraerle en el estudio, porque Venturilla, el mozo, habíale dicho que era llegado correo de Zaragoza, y como en la noble metrópoli aragonesa no habían más negocios de cuidado que el hijo don Diego, a saber llegaba lo que hubiere.

Miró don Juan a su esposa sin responderle palabra y tomando sobre la gaveta el pliego que acababa de escribir expúsole en sus manos.

Era de un laconismo espartano.

Decía de esta suerte:

«Reverendo padre: Mi hijo don Diego, por sus infamias, dejó de ser sangre mía. Según su reverencia me notifica pertenece a la justicia; deber de cristiano es el compadecer al delincuente, pero no ampararle.

«Entréguele, pues, vuestra reverencia, en mi nombre al Virrey y que Dios nos juzgue a todos...

⁂

No hay para qué hacer crónica ni glosa de aquellos dos grandes dolores, el del padre, que sobre todo pone la pureza de su casa y el limpio honor de su apellido, y el de la madre que ante todas las bellaquerías y por cima de todas las conveniencias y respetos pone su amor.

Harta grandeza tienen en sí estas dos penas y mejor es no tocarlas para que el vaho de la vulgaridad no las profane...

⁂

Diz que no fué menester (una vez recibida la carta de don Juan Manuel en el colegio de Zaragoza) que el padre prior entregase en las manos de la justicia al estudiante delincuente, pues así como él se dió cuenta forzó el encierro una noche y salióse a la calle, dispuesto a entregarse, a dar lugar a que le prendiesen antes de que le empujara la mano dura de su padre inflexible.

En principio pensó dar nueva ocasión, para que anduviesen tras su rastro alguaciles y corchetes, mas reflexionó luego (como quien no tiene bien arraigada la raiz del delito) que ello más pudiera perjudicarle acrecentándole los años de galeras y a la primera ronda que columbró fuese derecho.

Dirigióse al alcalde y con el sombrero en la mano parece que le habló desta suerte:

—Dios guarde a usarced. ¿Por acaso busca en estos sitios a quien anda huido de unas cuchilladas y unos tajos que dió en la Alfajería?

Preguntóle a su vez el alcalde que si sabría quien fué y don Diego respondió con entregarse.

—Porque tenéis conciencia y en el fondo no hais de ser mal hombre—díjole el ministro—no os maniataré como es uso; sino llevaros he a mi lado.

Y volviendo la ronda sobre sus pasos, a otros pocos más, dieron en la carcel que estaba cercana.

De esta suerte entregóse don Diego a la justicia y de allí a tres o cuatro meses que se vió la causa, salió en una cuerda de forzados a remar por seis años en las galeras del Rey.

## CAPITULO II

Más de tres años había que don Diego de Medina y Pimentel trocara la ejecutoria, privilegios y comodidades de su noble casa por un banco sin sueldo en las galeras del Rey Nuestro Señor y el nombre hidalgo y apellido linajudo por el remoquete truhanesco de *Medinilla*.

Desque diera en las señoras *gurapas* (que desta suerte es uso entre la gente ternejal decir a las dichas galeras), parece que habíasele amansado notablemente el humor, pues vió que allí valían de muy poco desmanes y fachendas de matón, pues que andaban listo el cepo y el *corvacho* y por menos de nada amarrában a un hombre a la barra y a puros latigazos poníanle hecho un San Bartolomé, fregándole luego muy bien con sal y vinagre las huellas de las caricias.

Vió pues que no quedaba otra industria que comportase bien, teniendo por amigo al alguacil, por afecto al cómitre y por señor al arraz, si quería acabar con vida el tiempo de la condena. Así y todo no podía evitar el que de vez en cuando purgara inocentemente culpas cometidas por los demás, pero ya es sabido que cuando entre esta clase de gente no hállase al culpable de una falta, pagan todos a una para que la fechoría no quede impune, más que hasta dar con el culpable paguen muchos inocentes.

La *penca* y el *corvacho* andaba en la nave con la misma diligencia para todos los infelices que empujaban el remo.

¡Qué pocos eran los que llevando solo dos días en el banco no tenían en los enveses reliquias perpetuas de cordobán y nervio de vaca.

Al segundo día, que ello fué la novatada conque le saludaron los otros galeotes, robáronle al cómitre diestramente una tabaquera de corales (que ya es sabido que esta gentualla es lince de las empresas de la garra y picardía) y la pusieron escondida en el hatillo del pobre hidalgo.

La nave, el cielo y la mar amenazaban hundirse todos juntos en monstruoso montón cuando el administrador de los azotes vino en conocimiento de su pérdida.

Mandó formar a todos sobre cubierta trayendo sus hatos y diciendo:

—Pobre de aquel a quien le halle la joya y más pobres de todos juntos si no aparece—; comenzó a registrar todos los petates.

Don Diego estaba más tranquilo que todos, porque tenía harto segura la conciencia.

Pero presto tornósele en nieblas la sereniead, pues que entre los pliegues de su manta apareció lozana y rubicunda como una moza asturiana la coralina guardadora del tabaco en polvo.

Ni aun tuvo alientos para disculparse, en tanto que los demás guiñaban los ojos y sonreían bellacamente.

Dos jayanes tomáronle por suyo y desgarrándole de un solo tirón la camisa de burdo lienzo le ataron a un palo de la nave.

El *corvacho* de torcido nervio, y la penca con púas de acero, empapados en vinagre, crugieron bárbaramente sobre sus espaldas hasta que perdió el sentido.

Desatáronle entonces y con estopas mojadas en salmuera fregáronle las heridas, y ello fué ponerle a las mismas puertas de la locura; metiéronle luego en la barra y así pagó el infelice la novatada en el servicio gratuito del Rey Nuestro Señor.

Cuando alzósele el castigo, que fué de allí a dos meses, todos admitiéronle como uno más en la camaradería y ya de allí adelante parece que no hubo tropiezo alguno digno de ser tomado por crónica en los puntos de la pluma...

Cuántas veces durante su legal cautiverio acordóse del bien perdido por las intemperancias de su carácter que de lleno le entraron por las zahurdas del mal y los laberintos del pecado...

Aquellas ollas de Egipto, como las añoraba en medio del desierto de los mares...

Durante este tiempo ni una sola vez tuvo en sus tristezas el consuelo de una carta que viniera de manos de los suyos.

No dijérase que habíanle borrado del mundo de los vivos y en su casa no quedaba ya ni el recuerdo de que existió un día, aun siendo como había sido para baldón de tan linajuda familia.

Sin embargo de este abandono, de este despreció, don Diego no tenía más que un solo pensamiento; el de cumplir su condena como bueno, sufriendo burlas y vejámenes de los demás forzados para no aumentar su esclavitud si por acaso las respondía en el mismo tono que a él se las dieran y luego de que el Rey hiciérale libre, correr a cobijarse entre los brazos de su padres y hermana, que no dudaba de que al verle tan otro y con tan bizarros propósitos de enmienda y regeneración abriríanse clementes para cerrarse luego como una fortísima argolla de cariño.

Así, pues, no ya solo contaba los meses sino los días y aun las horas que faltaban para que la ley izase la férrea mano y le dijese:

—Ya purgaste tu falta, vuelve si puedes a ser hombre honrado...

## CAPITULO III

Las mercadería y el oro de Indias que a España llegan como tributos y ofrendas al Señor traen los arrestos de centenares de hombres que sudan sus delitos amarrados al remo y cuando a las horas crueles de bogar acucianles las pasiones y los odios, diz que las gigantescas naves acortan rápidamente las distancias como si sobre las hinchadas lonas desencadenáranse todos los vientos.

De los forzados remeros, unos ponen en su empuje las penas, otros una oleada de sangre vengativa y alguno un cariño muy hondo en el que nunca podrá mirarse, porque la condena que sufre es más larga que la vida que le resta...

Y la nave (que suele estar bautizada con el nombre de un bienaventurado) surca como una exhalación las inquietas y espumosas aguas, al recio impulso de tantos martirios del alma trocados en energía...

Como los más de los que en pago de sus culpas y servicio del rey van sujetos al remo con harta justicia y son gentes hechas a este mal vivir, que cuando del salen parece que no gozan de salud ni de tranquilidad, acompañarse suelen en el empuje con gallofas coplas de mucho donaire que traen todo el aroma de la jocunda briva.

Unas son crónica de sus pesares y desventuras y en ellas se trae a cuenta la malaventura que les llevara a servir al rey sin soldada, cuéntase la vida y uso de las galeras y hay aquello de

«No pegue ucé al galeote,
tenga compasión de él,
que es un pobrecito viejo
que no se puede valer.»

Otras son puros romances de germanía en las que se cantan hazañas de hom-

bres duros y ternejales que por premio y homenaje a sus méritos van también a ocupar un puesto en las *gurapas* o en las minas del azogue; que no solo se sirve al rey de balde empujando las naves que van a Indias, sino estrujando las entrañas de la tierra, chocleando en las almadrabas y descargando las salinas.

A las veces las coplas y romances sirven para entenderse entre ellos y son retos y agravios, que no llegan a la comprensión de los guardianes porque con ser tan bellacos, que bien merecían relevar los otros, no lo son tanto que entiendan la germanía como el romance.

Por esto en dándoles licencia es una verdadera babel, toda la parte del barco donde asientan los remeros, porque cuando entienden que tocan a cantar no dejan la copla de la boca.

Si es llegada la hora de la melancolía acuérdase cada cual del suelo donde nació y allí es el engarzarse en coplas.

Las serranillas castellanas, estas que desde Buitrago y Lozoyuela, luego de haber tomado el aire frío del puerto, pasan a Segovia y llegan hasta Palencia, traen con la rudeza de la gañanía el alma madrigalesca de aquel prócer poeta que fué en la vida don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana.

Confundidas con estas su armonía que antes las une que las separa, óyense las suaves y melodiosas tonadas del Norte, que llevan en el ritmo y en la consejia la melancolía de su cielo y la agradable frescura de sus montañas.

Tengo para mí, que de uno destos bigardos astures que reman de por fuerza en las galeras hubo de salir en alguna noche limpia de Junio, buscando en el cielo la estrellica que más brillara como si ella fuera el norte de su camino, aquella letra que los nobles nietos de Pelayo cantan con fé de salmodia:

*Santa María,*
*en el cielo hay una estrella*
*que a los asturianos guía.*

## CAPITULO IV

Como sobre ascuas, pasemos, si te place, lector amigo, estos años de purgatorio en el tormento de las *gurapas*, que limpiaron harto mejor de lo que pudiese esperar las pasadas travesuras del alegre y levantisco don Diego, pues a lo que viene a parecer, no era la sangre noble que por sus venas corría quien le ordenaba los delitos, sino las necias intemperancias y locas fogosidades de la inexperta mocedad.

Pasemos, (pues presumo que ya me tienes dada la licencia) aquellos tristes días y vengamos al tiempo felice en que por el advenimiento al trono del divertido monarca Don Felipe de Austria, cuarto de su nombre y quinto de su dinastía (q. D. h.) hubo indulto de la mitad de la pena para los que no estuviesen condenados a más de dos lustros.

Tan alta merced alcanzábale de lleno al primogénito de don Juan Manuel, que para castigo de su desenvoltura y sosiego de su sangre viva habría de remar de balde durante cinco años y salió con no más de tres.

Una tarde del abril florido, dejó las playas de Marbella y echó a andar hacia su tierra castellana sin más compañía que la de un humilde hatillo puesto en un palo y la de los buenos propósitos que le rondaban por la mente.

Libre que estuvo ya del remo y del grillete, no quiso más trato con gente que fuese esperanza o desperdicio de las galeras por miedo de tornar a bogar en ellas y con obras de doscientos reales que vino a reunir en limosnas durante su legal cautiverio, emprendió la jornada con el alma limpia y el corazón alegre, porque tenían la libertad por señora.

En el forro del jubón, junto a un bordado escapulario que llevaba con la imagen del arcangel San Rafael, abogado de los caminantes, cosió la bolsa de los dineros porque no corriera peligro y echándose al hombro su flaca impedimenta emprendió el ansiado camino.

Todo aquel loco desorden que era su natural cuando viniera a caer en las hoscas garras del delito, habíansele a este tiempo trocado en juicio y mesura; y así con los mismos pasos que daba tenía cuenta hasta el punto de que en unas hojas de papel cosidas por el mismo hilo conque en el banco de la nave remendábase la desdichada ropa, llevaba notada la crónica diaria de su forzado viaje y cada noche, antes de recogerse al sueño tenía muy buen cuidado de asentar en ellas el balance del día.

Será bien lector amigo para que por tí mismo lo veas, trasladarte tal y como fueron escritas algunas páginas de aquel librillo que de haber sido continuado, bien pudo ser diario de aventurero que prestara muy buen servicio a la historia de la vida picara y vagabunda que tanto hase decantado en novelas y romances.

El cuadernillo, tenía luego de una resobada cubierta de pergamino sin curtir (a lo que parece arrancada de algún libro de rezos) una hoja con esta razón escrita en letra judía desta que llaman procesada y la entiende el diablo y a veces quien la escribe.

En la parte superior del folio, había una cruz:

BREVIARIO DE MI JORNADA DESDE LAS PLAYAS DE MARBELLA, AL MAR SIN ORILLAS DE LA CORTE, RETORNANDO AL AMOR DE MIS PADRES Y HERMANA Y A LA PAZ DEL SEÑOR SI ÉL FUERE SERVIDO.

«No quiero fijarme en las tierras que ando ni en las gentes que encuentro en esta via que voy haciendo desde el Purgatorio al Paraiso, que purgatorio, ya casi tocando con las lindes del Infierno son las galeras que dejo en el puerto, y paraíso el honrado hogar hacia donde me llevan el alma, la voluntad y la sangre.

»¡Dios me le conserve tan honrado y felice como antaño era, antes de entristecerse por mi culpa!

»Al atardecer de hoy llegué a este pueblo, última de la serranía andaluza.

»En el camino encontréme con las gentes que tornaban de las labores del campo, y preguntándoles si el lugar era villa o aldea, respondiéronme que villa y muy honrada, famosa en la correría contra los perros moriscos, pues que en ella sola matáronse en proporción más herejes que en otra parte alguna.

»Pedíles informe de la posada más tranquila que hubiese en ella, pues vengo —les dije—de cumplir un voto en la Rábida de Huelva y hasta tanto que llegue a la corte he menester de recogerme todas las noches en el mayor apartamiento para hacer penitencia.

»Un zagalón, alto y fornido como un castillo, destacóse de sus camaradas y convecinos, y ofrecióse para acompañarme a una que había al otro lado del pueblo, junto a un cristalino y manso riachuelo.

»Por Dios que no mintieran en ensalzarme la posada como quieta y solitaria, que nadie había en ella, más del ama y una sobrinica como de quince abriles, de no mal parecer pero de pocas razones.

»No hay en este patio, que es pequeño pero bien acondicionado, ese ajetreo peculiar de las posadas grandes que es remanso de arrieros y traficantes, en lugar de carros, jamugas y albardas había tiestos con flores y por las enjalbegadas tapias subían hasta los barandales de un corredorcillo yedras y campanillas.

»En lo que aderezábanme de cenar y preveníanme el aposento hube de quedarme en la cocina.

»La huéspeda gobernaba en la república de la lumbre y las sartenes mientras la zagala hacía leña.

»Sentados ante una mesa un fraile mendicante y un *sopista* traían muy tirado coloquio. Al entrar saludeles con las divinas palabras del Angel y fuíme a sen-

tar en un poyo cerca del fuego, ansioso de estar solo con mis añoranzas, mis pesares y mis fantasías.

»Poco más de diez minutos llevaría abstraído en mis cosas, cuando la voz del bachiller trájome bruscamente a la realidad.

»Preguntóme que de donde bueno venía y qué negocios eran los que *traíanme* por allí. Respondí lo preciso y conveniente para no pasar plaza de descortés, pues no era cosa de decirle al primero con quien topase como venía de ser carne de *gurapas*.

«Invitóme con licencia de su paternidad a llegarme a la mesa; animóme el religioso y yo más que por gusto, por no despreciar a un ministro del Señor, hice como me decían.

»Apenas si hube tomado asiento comenzó el bachiller a mirarme muy de hito en hito, mientras su reverencia daba en someterme a un verdadero interrogatorio.

»Yo respondía con mucha humildad aun conociendo que fuera del tribunal de la Penitencia, no autoriza Nuestra Santa Madre la Iglesia a sus doctores para que anden a la busca en la vida de nadie.

»Díjele mi verdadero nombre y condición de mi padre dejando en silencio las fechorías pasadas y etapa de remo, cubriéndolo con la ya usada disculpa del voto prometido en la Rábida.

»Apenas si en los oídos del estudiantazo cayera el honrado nombre de mi padre, vinoseme a mí como torillo querencioso y comenzó a hundir la posada con voces como estas:

—»¡Válame Dios, mi señor don Diego, que en más tengo el hallaros, que alcanzar la vida eterna luego desta mortal y pecadora. ¿Conque sois vos el hijo de mi tío don Juan Manuel, que mil años viva? Mire padre, (y ¿quien me pudiera augurar tanta ventura?) que este es el mozo de quien tantas veces le tengo hablado, el mejor retoño que nació del tronco de los Medina.

»Y aturdíame que no me dejaba.

»Refirió de mí y de mi padre mil cosas que yo no sabía que nos hubieran acaecido a entrambos, y al fraile todo se le volvía decir que harto adivinábaseme por la traza el ser persona de condición y muy devoto, y que esto lo pregonaba elocuentemente la peregrinación a santuario tan apartado.

—»Le cena, tárdase más de lo que debiera—interrumpió el sopista—y si no les pareciese mal a vuesas mercedes, como habremos de hacer mesa redonda, soy de opinión que la esperemos jugando un poco de *parar*.

—»Admitió el fraile, yo puse un poco de reparo diciendo que el juego es tentación del demonio, aunque la verdadera causa no era sinó que yo llevaba los dineros precisos para llegar a Madrid, sin grandes apuros; pero, tan sanas y prudentísimas razones fueron atajadas por su paternidad con decir que jugando sin codicia y con temor de Dios, no llegaban las garras de Satanás ni al pelo de la ropa, y, que cuando esto creyese allí estaba él que era buena guarda contra las añagazas y disturbios del *malo*.

»Apoyó el sopista tamañas razones y al fin muy en contra de mi voluntad, hube de acceder

»Ahuecó la manga el de los hábitos pardos y cayó sobre la mesa el *desencuadernado*. Hízose la señal de la cruz como si fuese pan de Dios, barajó, cortó, dió y comenzóse el juego.

»Las primeras manos dejáronmelas ganar para consentirme, mas tras de ellas comencé a perder de suerte, que conocí que a dos embites más podría volver la faltriquera sin miedo de perder un solo ochavo.

»Vi que allí no servía hacerse de miel ni hacer pinicos de hombre honrado pues me desollarían como a otro San Bartolomé, y como la necesidad, que no la inclinación forzábame a ello pensé en recurrir y lo puse por obra a mis mañas de cuando fuí pícaro en Zaragoza.

»A tres manos que di quedáronseme todas las cartas grabadas en el tact-

y de allí adelante mis cartas no eran sino imán poderoso de las faltriqueras contrarias.

»No les quedó ni un real para remediarse aquella noche.

»Causáronme compasión y díjele a la ventera que diérales de cenar de mi cuenta.

»Luego poniéndoles amigablemente las manos sobre los hombros les dije:

«—Voacedes, han querido buscar mendrugos en cama de galgos, y de otra manera; fueron por lana y volvieron trasquilados. Para otra vez tengan más vista hermanos. Ni usted señor estudiante me ha oído nombrar ni a mí ni a mi padre en todos los días de su vida, ni es pariente nuestro, ni sabía que tales vivíamos en el mundo, quiso bufarse a mi costa, y mire como le ha salido la broma, si así le acaece en muchas poco medrará en el oficio. Su reverancia si lo es en efecto, hace bien poco honor a esos hábitos, pues como paño verde, siendo ellos pardos los usa para daño del prójimo por ventas y mesones. Tenga también más vista para huronear en las conciencias al aquel de vez si encuentra angelotes bobos. Den pues gracias a que tengo jurado voto de ser hombre de bien, que si me diera el naipe en ser quien yo solía, a fé que deste hallazgo tuviérades que rascar para muchos meses.

»Tan corridos quedaron que ni a responder se atrevieron.

»Como vi que ya la linda moza de los quince abriles teníanme aderezada la mesa, alcéme de la de los bellacos burlados y fuíme a mi puesto.

»Cené y luego de dar gracias a Dios por la reivindicación y ganancia de mi faltriquera recogíme al aposento con ánimos de levantarme antes del alba para proseguir la ruta hacia el mar proceloso de la corte...

***

«En lo mejor estaba de mi sueño, cuando traída desde la calle despertóme una grata armonía de vihuelas que a lo que parece era serenata de amor ofrecida a la buena moza de la posada.

»Callaron en un punto todos los instrumentos (que debían de ser más de veinte), como si las cuerdas fuesen ahogadas por una sola mano y una bien timbrada voz cantó este romancete:

»Me tiene el alma en un grito
la moza de la posada
que es la moza más gentil
que pude echarme a la cara.
»Si lejos de ella me encuentro
en arrieriles andanzas
suspiro a chorros por verme
en mi aldea bien amada,
que es en ella donde tengo
prisioneras vida y alma.
»Por Dios que toda la sangre
me bulle que se me escapa
cuando a la moza que quiero
la miro galanteada.
Muchas, ¡mi Dios! son las noches
que el tañer de las guitarras
a mi aposento se llega
pasando por su ventana.
...mi cuchillo cabritero
pusiérales por mordaza.
»Hay una copla que dice:
(¡quien la compuso mal haya!)
Que semejan vihuelillas
las mozas de las posadas

porque a su sabor las tañe
cada viajero que pasa.
»Juro a Dios que la mi moza
no tiene más quien la tañe
que el arriero de su vida
con las púas de su alma...
»Mocita yo la quisiera
que el perro oficio dejara
porque la gente trocara
el llamarla posadera
y arrierita la llamara...»

«Cesó la voz, oyóse el ruído discreto de una ventana y enseguida quedó la calle en silencio y en paz la posada.

»Allá, más lejos oíanse otros rasgueos y otras coplas de amor.

»Al fin quedó silenciosa la aldea y solo los ladridos de perros guardianes venían de vez en cuando a inquietar el dulce sosiego de la noche dormida.

»Amaneció Dios. Dejé la cama, pagué a la huéspeda mi gasto y el de los bellacos, dí unos reales para alfileres a la linda y callada moza y emprendí de nuevo mi camino.

***

«No con tan alborotado ánimo y gentil gozo, hizo su segunda salida por las veredas del mundo, aquel ingenioso y famosísimo hidalgo don Quijote de la Mancha, que tan felicemente anda en doradas páginas por obra y gracia del mayor ingenio de España, como hice yo esta salida mía de la posada andaluza.

»La mañana era espléndida, llena de sol y de aromas campestres y floridos, como acontecen ser las de Mayo, el piar de los pájaros en las frondosas enramadas y en los crecidos trigales que ya barruntaban el oro de las espigas, el agua mansa de los regatos que iba a empaparse en la tierra para darle vida, eran como estrofas de un himno grandioso a Natura, y aún dijérase que allá en el fondo de una lejanía quimérica oíanse las notas vagas de una música indescriptible que eran como glosa de aquella insuperable poesía.

»Se respiraba un sosiego, un bienestar...

»A las veces la sangre corría potente por las venas, como buscando un sitio por donde escaparse... era como un exceso de vida.

»Dí en una anchurosa explanada toda mullida de yerba; mansamente pastaba un ganado. En la lejanía como el plumón verde de un birretillo se agrupaba la entrada de un bosque. Tanta armonía en el color y tanta alegría en el ambiente anunciábame buen cobijo entre los míos, y anduve más deprisa; a las veces corrí, con ánimo de acortar la distancia...

***

»Empleado traía el magín en aderezar estas cosas conforme la medida de mis deseos y las ansias de mi corazón, y haciendo votos por no toparme con nadie que llevara mi camino, que ya he dicho como desde mi ventura rehuía toda amistad improvisada, cuando por una vereda estrecha que salía al camino real, vi llegarse a un hombre en hábito de peregrino como estos que van a los santos lugares o al bienaventurado Apostol de Compostela.

»Nunca cae uno mejor en aquello de que va huyendo como cuando quiere apartarse. Desta manera me acaeció en los albores de mi mocedad liviana; por huir de las zahurdas del venerable Antón Martín, que son recogimientos de bubas y francesadas, vine a hocicar con una mal casadilla de muy buen talle y de honesta reputación, que yo pensaba que siendo no más que de su marido y mía, no hubiera peligro; pero así la muy pécora arda en los infiernos a la hora desta, que a las tres semanas todo yo semejaba saco de nueces y hasta para las palabras había de menester muletas.

»Mas, volviendo al tiempo de ahora y dejando esto por penitencia por mis muchas culpas diré como el romero saludóme muy cortésmente y a las primeras palabras díjome que iba a un convento cercano que por allí había donde esperaba no se qué bulas o cédulas para continuar su peregrinación hasta el Monasterio de Poblet en Cataluña, donde pensaba dejar la vida andariega y hacerse lego de aquellos monjes.

»Sacó luego de su zurrón, (que no le traía provisto a la penitente,) sabrosas provisiones de boca y quiso que las despacháramos junto a un cristalino arroyo que por allí corría; aunque como él dijo, ninguna falta nos hacía porque también llevaba como escudero de las magras un pellejo de gato, lleno de un vinillo dulce y traidor.

»Aunque en el fondo me pesara hube de aceptar por no aparecer a sus ojos como descortés y huraño ya que parecía hacerme el obsequio de buena voluntad.

»Mientras comíamos, sobre la fresca yerba, sin que yo se lo pidiese, vino en cronicarme su vida y milagros, y lo que pude sacar en limpio no era el tal carne de altares, sino de galeras y aún con más méritos de los que yo tuve.

»Harto ya de pecados y cargado de años, sin alientos para correr la vida gallofa y desaprensiva con la misma seguridad que hasta entonces la tenía corrida, había resuelto acogerse al vivir tranquilo de la vida monástica.

»Ya había muchos alifafes para andar como hasta allí arrastrando el zancajo por la vida gallofa y andariega.

»Faltábanle agilidades, si fuera preciso para correr de los cuadrilleros y pasarse un día en el fondo de algún pozo, como hecho teníalo tantas veces para evitarse dimes y diretes con la justicia que siempre tuvo bromas pesadas, y es tan incivil que ya dijo Jesús en el sermón de la montaña: «Bienaventurados los que han persecución de la justicia.»

»Desde que enfundóse con los hábitos de peregrino, no tenía estos temores, y sacaba muy buen porqué vendiendo romances de santos y oraciones milagrosas, así como la rosa de Jericó para las que están en estado de buena esperanza, y la tierra del pozo de Santo Domingo para las opiladas, pero con todo y no ser mal recibido de las gentes que le miraban como a elegido del Señor, por haber estado en Jerusalén y en Santiago de Compostela, quería retirarse que ya era tiempo de tumbarse a la bartola sin miedos ni cuidados que le desapaciguaran el sosiego.

»Mientras tales cosas me ponía de manifiesto comíamos como unos canónigos y cuando la comida fué terminada, quise que diéramos gracias a Dios por el bien recibido, pero el bellaco me detuvo la intención con estas razones, que luego de que las rumié a mi solaz, no pude por menos de convenir en que eran harto verdaderas:

—Déjese de eso, hermano—me dijo—. Yo les daré por entrambos luego de que me vea en mi celda monástica, y si por acaso es de tan buen natural que no puede pasarse sin dar esas gracias porque no quiera que se le pudran dentro, démelas a mí que fuí quien le convidé. Siempre acaece en la vida ser agradecido con quien no hace el favor. Ven aquí que sucede estarse muriendo un hombre, llámase al médico y si el enfermo acaba todo es decir:—¿Qué había de hacer si el doctor no lo entendió? Antes ha de saber de sembrar berzas que de curar hombres—. Pero he aquí que el galeno receta poco y sálvase el doliente porque no tomó demasiados venenos, pues todos dicen: — Demos gracias a Dios que fué servido de hacer este milagro—. Y al médico que puso en alto aquella vida que se iba por la posta a los despeñaderos de la muerte, mucho será si le pagan su trabajo... Por esto le digo, seor compadre, que si quiere agradecer, aunque no tiene por qué, agradézcame a mí que soy quien trajo la alforja repleta, y deje a Dios en el cielo mirando a los angelicos...

»Tras esto alzóse, y estrechándome la mano díjome que tenía priesa de dejar aquellos lugares, porque en ellos tenía recuerdos y cuentas pendientes de antes de dar en la gracia de retirarse a la vida religiosa, y no era bien merodear por allí, que quien busca el peligro en él perece...

»Nada digno de quedar asentado en estos folios, hánme ocurrido hasta llegar a Manzanares.

»Tan pacíficamente hice la jornada hasta este punto como las anteriores que saliera de las señoras *gurapas*.

»Como la bonanza del tiempo lo permitía, las más veces caminaba a pie. Alguna halléme con arrieros, que de barato me permitieron subir en una caballería de su recua o con algún vinatero de la Mancha que me ofreció su carro. Y entre Almodóvar y Ciudad Real anduve algunas leguas en el coche de un corregidor en pago de que prestara ayuda al cochero y los mozos a sacar de un bache como una cueva la herrumbosa y pesada máquina. Pero no otra cosa interesante me aconteció hasta llegar a la dicha villa de Manzanares.

»Aquí ¡Dios sea loado! estuve muy en riesgo de dar al traste con todos mis buenos propósitos, pues se me puso el demonio tan de frente que no hubo más remedio que hacerle cara y acordarme de cuando fuí bellaco.

»Ocasiones tiene el hombre en las que no puede echarse para atrás sin grave riesgo de que padezca su hombría y arrostrar la mofa y ludibrio de las gentes que no pueden mirarle alma adentro.

»...Ello fué en una posada a la entrada de la villa.

»Tomé hospedaje en ella, con determinación de dejarla y emprender la marcha al clarear el día.

»Llegué a media tarde y así como tomé posesión de mi cuarto, dejé en él la mezquina impedimenta y me quité el polvo del camino, salíme a la puerta y me senté en un poyo para mirar sosegadamente como se ponía el sol, al final de la parda llanura...

»Poco más allá, enredor de una mesa de pino, tapizada con una manta, entretenían se seis u ocho hombres en tirar de la oreja al famoso Jorge.

»Al pronto no hice aprecio alguno ni ellos parecieron hacerle de mí. Continué pues abstraído con mis pensamientos y con el magnífico espectáculo que la Naturaleza me daba antes de dejar la tierra a buenas noches.

»Más parecía atardecer del Agosto ópimo, que del Abril florido.

»Todo era paz y sosiego, lejos escuchábase el campanilleo de las yuntas que tornaba de fecundar el campo, y las voces de los mozos acompañando el monótono paso con unas coplas terreras.

»Los perros guardianes, rompían el silencio con sus inarmónicos ladridos, y el canto del mochuelo en unos olivares cercanos, daban fe de que la noche llegábase a todo andar.

»Cuando más embebecido estaba, del grupo de los jugadores salió una voz que me llamó por el remoquete conque los vecinos de banco me decían en la galera. Allá nadie atiende por su nombre de pila, cierto es que muchos no le conocen.

»De momento la sangre toda me saltó como si fuese materia inflamable y hubiérale aplicado una tea encendida; mas supe contenerme como si no fuera conmigo.

»Pero la voz insistió:

—»*Letrilla*—que así me decían los galeotes, porque yo era de todos el único que sabía leer y escribir,

»Viendo que dí en no responder vínose para mí, y me examinó muy despacio.

—¿Pues, no venís vos de las galeras?—me dijo.

»Respondíle yo que sin duda me había confundido, que me mirase bien, y tuviese más cuidado para conocer a las gentes.

»Tornó a replicarme que ante un santo Cristo atreveríase a jurar como era cierto el haberme tenido por compadre del remo y el *corcacho*, pero que si ahora no quería reconocerle nada se le daba, que de desagradecidos estaba el mundo lleno. Con todo si quería echar una mano hasta la hora de la cena se me admitiría de muy buena gana en la ronda.

»Mi primero propósito fué negarme, por ahorrar complicaciones en la jornada que llevaba emprendida con tan pocos trapiezos, pero no sé qué gesto despectivo me pareció advertir en los otros como queriendo decir que por infelice y apocado me dejase, que me pareció que era menos hombre sino aceptaba el embite, y ocupé el lugar que se me ofrecía.

»Jugaban bien aquellos bellacos e iban todos como lobos carniceros contra una ovejilla mansa a ver de qué modo me deslanaban, pero era poca toda su industria gallofa contra toda la que yo traía aprendida de las galeras aunque allá no quise utilizarla por no enredarme más a los pies la cadena y no me pegar más el remo a las manos.

»No lejos de nosotros, acurrucada en un rincón había una mujer, de razonable rostro vestida a usanza de los judíos de Granada. Ya había yo reparado en ella de antemano, pero como ví tan melancólica y al parecer dolorida no quise importunarla con mis miradas, que de cuando yo pasé mis murrias en el banco de la nave se me acordaba que para el que sufre y está lejos de los suyos, no hay más consuelo que el reposo y la devoción de su propia pesadumbre.

»Mas luego pude ver que la tal hembra era cosa de aquel que dábaselas de haber bogado conmigo, porque en el transcurso de la partida hablóla dos o tres veces y no con muy buenos modos.

»La fortuna no correspondió a sus intenciones y al cabo me alcé santamente con el dinero de todos.

—»No me pesa—decía el que ciertamente había sido mi camarada aunque me estaba bien el negarlo—no me pesa de los dineros perdidos sino el que me los haya ganado un angelote como vos; y diera algo bueno por seguir la partida, que yo os juro a Dios y como soy hombre de bien que habríaos de dejar más en cueros que cuando vos echaron al mundo.

»Y tornando la vista en su redor dijo como si una grande y salvadora inspiración le atacara de súbito:

—»¿Quieres jugar sobre prendas?

»Yo que ya estaba en trazas para divertirme con la desesperación de quien habíase propuesto holgarse a costa de la mía, respondíle que sí jugaba.

»Alzóse pues de la tajuela en que se asentaba y yéndose hacia aquella mujer, asióla como un bárbaro y casi arrastrando trájola hasta los pies de la mesa.

»Yo que ví esta incivilidad comencé a salirme de mí e iba a tenerle, pero antes de que yo tuviese lugar de decir palabra prosiguió él:

»—Esta barbilinda, que no es mala pieza como ven me topé en un camino al salir de Granada, a lo que me dijo iba huída de una turba de muchachos que perseguían judíos de estos que la devoción del Rey Nuestro Señor ha hecho salir de España; encomendóse a mi caridad y yo le libré de la persecución, entrándola por unos atajos y caminos ocultos, claro está que luego pagó el almojarifazgo debido a mi pretina; en fin, para acabar, pues esto no es curso de historia, que es joya de mi pertenencia, y que me la juego contra veinticinco ducados. ¿Hace el embite, paisano?

»A todo estó la infelice asiase toda llena de espanto y congoja a las patas de la mesa y aun las del mismo *barrabás* y entre sollozos apenas si acertaba a decir:

»—Harto mejor me hubiera sido caer en las manos de aquellos, pues que en el momento de hallarme hubiéranme quitado la vida, y no que vos, sobre haberme quitado la honra en cuanto me visteis, sola, indefensa y débil, me tratáis como a una pobre bestia.

»—Y si no calláis, perra judía—dijo sacudiéndola bárbaramente por la hermosa cabellera negra, que toda desmelenada semejaba abundosa fuente de azabache—os he de arrancar la piel y os azotaré con ella.

»No fuí hombre para tenerme más tiempo.

»De dos codazos aparté a los otros bigardos y me llegué al barbarote asiéndole tan reciamente del cuello que casi puede decirse que le puse su mala vida en el zaguán de los labios.

»—¿Es esta manera de tratar a una mujer, villano? La vida te he de arrancar si agora mismo no besas la tierra que ella pisa y la pides perdón.

»Y apretaba yo la mano de tal suerte que el bellaco fué doblándose hasta caer en el suelo y dar con los labios en los pies de la infelice.

»Sus ojos grandes y negros como la pena que ensombrecía su alma, alzáronse hasta mí, y sus labios moviéronse para implorar.

»—Gracias, señor, quien quiera que seais, dejadle ya, que no valgo yo tanto como lo que habéis hecho por mí.

»A la suave armonía de aquella voz angelical solté al gallote y acudí a levantar del suelo a la hebrea. ¡Por Dios que era linda en extremo!

»Pero, ¡malhaya la casta de traidores!, que apenas pude recrearme mucho espacio en la contemplación de su hermosura ni aun pude ayudarla a levantarse del todo, pues de pronto sentí en la espalda un frío intenso que parecía entrarme hasta la misma medula y caí de espaldas...

»Aquel mal nacido aprovechó el momento en que yo estaba descuidado atendiendo a su víctima para alzarse rastreramente y clavarme una de cachas amarillas, que por más de dos meses me tuvo entre la vida y la muerte.

»Cuando vine a conocimiento de mi triste estado halléme en la cama de la posada y teniendo por enfermera a la malventurada israelita.

»Apenas hecho el entuerto huyeron los malandrines sin cuidarse de ella, y zafándose de la Santa Hermandad parece que se internaron en la serranía.

»Ella, puesto que se consideraba como ocasión de mi malaventura, no quiso separárseme de mí, sino atenderme hora por hora como madre solícita hasta que me dejara tan bueno y sano como me creía en aquella tarde de tan mal recuerdo.

»Cierto que la dulzura de aquellas palabras ibanme ganando la voluntad de tal suerte, que conocía que el suave eco de su voz comenzaba a percutir en las soledades de mi corazón.

»—Y ¿cómo habéis podido—la pregunté—quedaros aquí según la pobreza en que imagino que hubo de dejaros aquel miserable?

»—Ese milagro lo ha hecho—respondió—la caridad del ventero, que se compadeció de entrambos, y por no entorpecer vuestra marcha tan luego como sanaseis, ni aun quiso enterar a la justicia, que os llevaría a un hospital y después os sacaría los dineros...

»Mejoré al fin y quise partir llevándome a mi enfermera, antes por agradecido que por enamorado, pero ella no me lo consintió:

»—Señor—vino a decirme la víspera del día en que yo pensaba para proseguir mi ruta—: si sois hidalgo y generoso como hasta aquí tenéis hartamente demostrado, dejadme partir en busca de los míos. Cuando aquel infame dió conmigo, iba yo huída de los que por orden de S. M. perseguían judíos y moriscos, y era mi triste peregrinación hacia las playas de Valencia, donde hay naves que nos llevan al Imperio del Gran Turco, quien más humano en su heregía que los fieles de Cristo, nos consiente en sus tierras. No lo hará en vano, señor, que no somos los de mi casta gente muelle ni desagradecida. A España dejamos valiosas pruebas de nuestra laboriosidad, así en la Industria, el Comercio, la Agricultura y las Artes. Ya veréis de aquí a poco cómo la tierra se yerma falta de regadío, se agotan los campos, las riquezas de Oriente no se verán más en los zocos andaluces, y aquellos primores de orfebrería que hasta ahora fueron el adorno de las pudientes casas, serán tan difíciles de hallar nuevos como el oro de alquimia. Triste destino es el nuestro, andar de continuo sin pisar nunca suelo de nuestra patria... Dejadme, pues; aunque en vuestro corazón pudiese vivir pura y limpia, no lo sería en vuestro honor, ni los vuestros me admitirían, por tener fe distinta.

»Me fué forzoso dejarla partir, aunque tal habíaseme entrado en el alma la hermosa morisca, que con aquellas y más contrariedades que púsome de relieve la tomara.

»Obliguela a que admitiera algún dinero no como pago, agradecimiento ni re-

compensa, sino por la dura necesidad en que habría de verse, y una clara mañana de Julio, partióse, dejándome lleno de una profunda y grata melancolía.

»De allí a otra semana que ya me hallé con fuerzas para caminar, pedí mi cuenta al ventero, quien por desmentir hidalgamente la condición avara de los de su oficio, era un buen hombre, y cobrado estrictamente lo justo, sin querer entrar en la cuenta el gasto de la mora, tomé mi hatillo y al caer de la tarde, con la fresca, emprendí de nuevo el camino en el que tan a pesar mío y con tanto riesgo de mi vida me había entretenido demasiadamente...

***

«A las siete de una gentil mañana de los finales de Julio, para cantada en suaves y pastoriles églogas al uso de aquella famosa de *Salicio* y *Nemeroso*, entré en mi villa de Madrid.

»Dios sea loado ya que sin más tropiezo que el de la morisca y los rufianes sanme permitido el llegar a tan felice y deseado término.

»Madrid se está como se estaba.

»Obra de ocho años habrá que falto de él y no hallo extrañeza notable alguna ni en las personas ni en las cosas.

»Es mi primero cuidado el oír misa en la Victoria y dejar para después el ir a la mansión de mis padres.

»Por presentarme ante Dios y ante ellos con la posible decencia pido hospedaje en una posada de la calle de las Carretas y allí me sacudo el polvo del camino.

»Nunca anda un hombre con tan difíciles y vacilantes pasos como luego de que tropezó y cayó.

»Yo voy por estas cortesanas calles más porque el corazón me lo manda, que porque me tengan las piernas...»

***

Y en este punto queda truncado el libro de memorias de don Diego de Medina Pimentel y prosigue compuesta por ajena mano la crónica de su vivir.

***

Acaso vaya demasiado ligera, pero es que ciertamente quedaron pocos puntos firmes en que apoyarse para proseguir minuciosamente la historia.

Mucho se ha perdido con la misma mano del protagonista no se haya querido emplear en ser narradora de los siguientes hechos de su dueño, porque desta suerte hubiese tenido más interés la narración. Pero no fué servido de hacerlo así y habrá de seguirla el coronista, echando unas veces mano de referencias y otras de tal o cual papel extraviado o de algún comadreo de vecindad.

¡Bien hayan (dije siempre los libros de memorias, aunque las más veces pequen de insinceros) porque siendo como una confesión general del que los escribe, aunque calle los pecados mortales, siempre deja en los veniales la substancia de su vida y la esencia de su alma.

De esta manera viene a acaecer en estos pocos folios que dejó escritos la curiosidad del señor don Diego de Medina y Pimentel; lo que él dejó asentado es lo único que tiene alguna emoción y sentimiento, porque son capítulos que vivió para escribirlos, lo demás no es sino ensembladura para proseguir la acción en el lugar en que él la dejó truncada...

## CAPITULO V

En la casa del hidalgo don Juan Manuel de Medina nada parece haber sufrido la huella del tiempo.

Los recuerdos, como sembróles la pena y ahondó mucho los surcos sujétanles fuertes raíces. Las cosas, como no tienen corazón y por ende ni sienten ni padecen, no se les conoce el paso de la edad y muestran ahora el mismo aspecto que en los años pasados.

Don Juan Manuel ya está viejo y achacoso.

Las canas y los achaques no dióselos el tiempo, sino las pesadumbres y las contrariedades y más que todo junto aquel salivazo que en medio del honor y de la hombría de bien echárale su mayorazgo don Diego.

También doña Aurora muestra el alma adolorida y el cuerpo débil, pero en la devoción busca consuelo a sus tribulaciones y el Señor quiso premiarla su mansedumbre y conformidad otorgándole la fe y resignación.

Inesica, aquel capullo de mujer cuando su hermano cayera en la desdicha, es ahora toda una dama espléndida.

Poco más de tres meses habrá que es casada con un rico hidalgo de Segovia.

Por mirar su padre a distraerla de la melancolía que la provino de la ausencia de su hermano, quiso distraerla llevandosela a las bodas de cierto deudo en la ciudad segoviana, y aconteció que yendo a asistir como testigo de un amor feliz, salió enamorada.

Cierto gentil doncel, hijo del Corregidor, comenzó como dicen a ponerle los puntos, y la melancolía fué cediendo de tal suerte que le fué preciso volverse presto a Madrid, porque no fuese más grave el mal de amores que el de pasión de ánimo.

El corregidorcito también enfermó de veras, vino a la corte tras la dama, y como su pasión brotábale del alma, miraron los padres de una y otra parte que no había más que casarlos.

A unos y otros vieron que les estaba bien, pues que sobre la honra acrecentábaseles el bienestar, y en breve espacio se aderezó la boda sin rango ni pompa, pues don Juan Manuel alegó que guardaba luto perpetuo por la muerte de su mayorazgo.

***

Inesica (ahora doña Inés de Medina de Lombía, esposa de don Luis de Lombía y Andrade) esperaba en la casa paterna el regreso de su *oislo*, que por urgentes negocios hállase en la tierra segoviana.

¡Cuán bella está su merced!

Semeja flor que comienza a barruntar el verano.

## CAPITULO VI

Poco más serían de las once de aquella mañana en que el arrepentido don Diego dejaba truncado el breviario de sus jornadas para tornar a la vida tranquila y honrada de sus padres, donde imaginábase que como otro hijo pródigo sería recibido con los brazos abiertos celebrándose a su vuelta fiestas y agasajos.

No había mucho que el señor don Juan llegara del Concejo y entreteníase en repasar unos expedientes, por hacer tiempo hasta tanto que la hora de comer fuese llegada.

En esto iba con mucha parsimonia, como quien más se distrae que estudia, cuando le anunció un pajecillo que allí estaba un mozo que deseaba hablar con su excelencia.

Mandó el hidalgo que luego pasara adelante, pues no era destos señores finchados y llenos de humo que gustan de dar grandes hartazgos de antesala o de no recibir más que gentes de rango... Y en el ancho aposento entró con toda humildad el hijo don Diego.

No vióle en el momento el hidalgo, tanto por haber el mozo la cabeza inclinada, como porque al mismo tiempo calaran en la estancia doña Aurora e Inesica con el afán de darle noticia de que don Luis estaba entrando en la corte y enviaba como anunció un lacayo.

Mandó don Juan que se llegase el visitante y le dijese en qué le podría servir.

Alzó los ojos don Diego y fué poniéndoles sucesivamente en cada uno de aquellos pedazos de su alma; mas viendo que no le reconocían (tanto habíaselo mudado el semblante) fuése hacia su progenitor y derramando lágrimas de arrepentimiento le tomó la diestra y se la besó muchas veces.

Doña Aurora e Inés fueron a estrecharle amorosamente, pero quedaron detenidas por un gesto altivo y un ademán enérgico de don Juan Manuel, quien alzando luego al mancebo:

—Yo no tuve más de un hijo—decíale mientras suavemente empujábale hacia la puerta por donde había entrado—, y ha muchos años que me le llevó el diablo. No puedo hacer más por vos, si como parece andáis necesitado, que es dar este escudo para que os remediéis, y esto mientras os halléis en la corte y estéis falto de socorro acudid a la celosía de la primera ventana junto al zaguán y se os dará limosna.

Las mujeres lloraban pero no eran osadas a interponerse, el doncel permacía inmóvil y pálido más que un difunto, el hidalgo empujábale tenazmente hacia la puerta por donde entrara poco antes y la que no contaba que tornaría a traspasar tan de presto, sino que antes bien, entendía que habría de cerrarse alegremente en son de íntimo regocijo.

En el gesto de don Juan Manuel había una tranquilidad tan trágica, que ponía espanto en los corazones.

En dolorosa procesión llegaron todos a la antecámara.

El grave consejero adentró la diestra en la escarcela, sacó un escudo y poniéndolo en la mano de don Diego, le dijo, mientras abría la puerta que daba a la espaciosa escalera:

—Dios le remedie—y tras destas secas palabras cerró y tornándose a las doloridas hembras, exclamó:

—No se olvide que Luis está al llegar, y que no es bien que advierta huellas de lágrimas en vuestros ojos. Curad mucho que no se le alcance cosa de esto, como no se le ha alcanzado hasta aquí. Siga creyendo que tu hermano es muerto. Todos somos gentes muy honradas, buenos cristianos sin mezcla gallofera y por ende, ni las gentes de los Medina ni las de los Lombía admiten rufianes en su seno. Rogad a Dios porque le ayude y le guie con mano firme y segura por el áspero y saludable camino del arrepentimiento, pero no me roguéis a mí que nada puedo ni quiero hacer en su favor si no es la caridad que le tengo ofrecida, y aun ésta no se la hago por hijo, sino por hermano en Jesús. Fué hoja que se cayó del árbol y hoja que se desprende no hay tronco que pueda recogerla...

## CAPITULO VII

La pesadumbre y desconsuelo de aquel infelice fueron tan intensos, que no hay pluma capaz de pintarlas.

Salió de la casa de su padre con tan grande aturdimiento que sus ojos no tomaban noción de las cosas, y sus pies no tenían noticia del espacio en que hacían asiento para caminar.

Sentía abrasársele el cerebro y helársele el corazón.

Anduvo un grande espacio; acaso en su caminar inconsciente transcurrieron horas y no lo advirtió.

Junto al Monasterio de la Merced, en la parte que daba a la calle de Cosme

de Médicis, recostóse contra la tapia porque ya las piernas negábanse a sostenerle, y unos muchachos, tomándole por borracho, comenzaron a darle vayas y a ponerle mazas cantándole aquella muletilla absurda e incongruente tan en uso entonces entre la chiquillería andante:

*Asistente, daca el diente*
*daca la vara del teniente.*

Don Diego ni aun tuvo alientos para espantarles y por librarse de ellos prosiguió su camino de amargura.

Entróse por la calle del Burro, y cruzando por la de la Concepción Jerónima a salir por el callejón del Verdugo dió en Santa Cruz.

Las grandes voces de la gente, que ya entonces no se cuidaban de él, y un redoble de tambor hiciéronle recostarse contra la cárcel de Villa.

El desusado ruido volvióle un poco a la realidad y vió que por el centro de la calle iba una grotesca comitiva de alguaciles y corchetes, llevando sobre un asnico ético y pelón, a un hombre que traía las manos esposadas y las espaldas desnudas, en las que la mano recia y pesada de un verdugo descargaba crueles azotes, que levantaban ronchas como cuerdas de las que él había visto en las naves que anduvo por tantos años.

Entró la comitiva por el arco de la Plaza Mayor, y desde el momento que despareció de la vista del afligido don Diego, huyósele también de la memoria, pues harto tenía que hacer con atenderse a sí mismo.

Ni siquiera hubo conciencia de lo que hizo durante todo aquel día. Ya al cabo de la tarde, más por rendido que por necesitado, entróse en un mesón de la Morería y comió alguna cosa de cuyo sabor tengo para mí que no sabría dar fé.

Desde aquel día en que llamó a la puerta de la casa de su padre más con el corazón que con la mano, siendo respondido de tan cruel e incivil manera, vuelto a la vida miserable muy a su pesar esta vez, entre hijosdalgo del hampa y princesas de la briva que a la luz del sol se espurgaban y en la tiniebla de la noche andaban a la caza de lo que no era suyo.

Y en verdad que si esta vez fuera tan negro su sino que tornara el mozo a andar al remo en el banco de las galeras o a zabullirse en el charco de los atunes, no sería por su culpa, que él, con buenos propósitos de contricción pisó el suelo de su casa.

Rondábala los más días, pero sin osar nunca llegarse a la ventana donde podría hallar socorro.

Dispuesto estaba a todas las humillaciones por entrar en el hogar donde se meció su cuna, pero no a tanto como a recibir limosna de su misma sangre.

Una tarde llegóse hasta el zaguán y quiso su suerte que fuese en el preciso instante en que doña Inés, su hermana, salía con una dueña; miró a esconderse, pero advirtióle la dama y mandóle que le siguiera.

La dueña vieja y malhumorada murmuró al oído de su señora:

—¿Pero ¿otro pobre? ¿No mira vuesamerced que ha de arruinar la casa con tanta y tan continuada limosna? Váyase, hermano, con Dios, y él le ayude, que no hay que le dar.

—Déjale por *hermano*, Alvarez—replicóla doña Inés apoyando la frase con una triste ironía.

Y siguieron un buen espacio, todos tres por apartadas calles, hasta dar en una posada al margen de la Puerta de Guadalajara.

Pidió la dama al maeso el mejor y más razonable aposento que tuviese, dióseele, y los dos hermanos, acompañados por el huésped, encamináronse a él, quedando la dueña Alvarez, con sus achaques, su mal humor y su rosario como un haz de leña hecho bolas, en una salita de recibo.

Asombro notable fué para cuantos vieron cruzar ante sí tan contraria pareja. Ella, dama de buen porte y gentil bizarría, aunque no podíasele ver lo mejor que

era el rostro, por traerle cubierto por la espesa nube del negro manto; él pingajoso y raído, que fuera caridad y decoro a igual tiempo echarle una manta encima porque no hiciese pública a los ojos del mundo tan poca carne y tanta roña.

Rufián hubo que no teniendo en el ánimo semilla de hacer bien en todos los días de su vida, dijo:

—Gustos hay que merecen palos.

Y aun la *rodrigona* no echó a buena parte la aventura, pero pensando en que el silencio seríale bien pagado hizo intención de mirar el *capricho* con buenos ojos y de por sí calló discretamente las hablillas de unos pajeros de Getafe que se ocupaban del caso, diciéndoles que como su señora era muy caritativa gustaba de hacer secretamente las obras piadosas, y que por esto se encerraba con aquel mozo que halló en la calle.

## CAPITULO VIII

Al cabo de una media hora apareció sola doña Inés, con el manto sobre el semblante (como había entrado, que son los mantos gran socorro contra la indiscreción de los mirones y no pocas veces contra la honra de padres y maridos).

Hizo venir al huésped y dándole dineros dijo que el aposento que ocupaba el caballero con quien entrara poco antes, ella lo pagaría por adelantado hasta finar el mes. Mandó asimismo que hiciera venir al mejor sastre que hubiese en toda la villa y vistiese al caballero tan bien y aun mejor que al más exigente parroquiano que tuviese.

El huésped, más solícito y rendido que si la misma reina le hablara, tomó dinero y recados; la dama recogió a su antañona dueña y salió despidiéndose hasta el siguiente día a la misma hora.

Uno de aquellos taimados arrieros que desde la medio penumbra en que ya envolvían el patio las primeras sombras de la noche, aseguraba después haber visto cómo al tiempo de juntarse dueña y señora, ésta dejaba caer disimuladamente en las sarmestosas manos de aquélla un luciente doblón, que sin duda hubo de ser como si a las poternas de aquella boca desdentada echáranle todas las llaves, candados y aldabas de la cárcel de corte.

## CAPITULO IX

Madre e hija pasaban juntas las tardes en la soledad de su mansión, y desde que don Diego llegara, el poco espacio que habían libre de la molestia de las visitas empleábanle en rogar a Dios que no dejárale de su mano, ya que no había humano medio de reducir la indomable terquedad de don Juan Manuel.

La hija no quería decir nada a la madre del amparo a la solapada que prestara a su hermano, y no más hacía de procurar consolarla diciéndola que hubiese confianza y resignación, pues al fin el padre qué había de hacer, sino atender a la voz de la sangre.

Despedíase luego, poniendo como pretexto el asistir a la novena de tal o cual santo, que nunca faltaba alguna, pues este país nuestro parece que es muy bueno para criar cochinos y siervos de [illegible], de aquí la gran semejanza que existe entre los [illegible] y el ganado de la vista baja.

En tomando la calle su merced, no íbase a otra parte que a la posadilla donde su hermano se aburría de tedio y de tristeza.

Hasta que en la parroquia vecina oíase el toque de ánimas, permanecía con él.

Era como una ráfaga de luz que entrara en un antro de tinieblas.

Don Diego estaba muy otro.

Tal había sufrido su corazón y tantas miserias y desventuras habían pasado ante sus ojos.

Habíale tomado una melancolía tan profunda que degeneró en acendrado misticismo con fuertes bascas por la vida monástica, como la de aquellos grandes pecadores que desde el infierno de la crápula y la cima del pecado mortal ascendieron hasta el trono del Altísimo.

La figura acicalada y limpia del malventurado mancebo, con la faz rasurada y el cabello recortado a la moda del siglo anterior, era por todo extremo gallarda y simpática.

Habíale entrado la monomanía religiosa.

Cruelmente desengañado de aquel afecto paternal en que fundaba el sosiego de su espíritu inquieto, pensó que no le quedaba otro amparo que los brazos de Cristo, siempre abiertos para admitir pecadores, pero que nunca se cierran con amor sobre los cuerpos agobiados por el sufrimiento.

Todo el día empleábale en ejercicios piadosos.

Por la mañana íbase a misa de once al Salvador, que él mismo ayudaba por oirla con más devoción, y cuentan los fieles, que el monacillo daba muy alta ejemplaridad con su acendrado recogimiento.

El resto del día repartíale en visitar los hospitales y las cárceles.

—Más quisiera, hermana—solía decir a doña Inés en el corto espacio que permanecían juntos—, que en vez de procurar abrirme de par en par la casa y los brazos de nuestro injusto padre, miraras a buscarme una celda en la del Señor.

Y respondíale la hermana, mimándole en afán de disiparle aquel loco misticismo nacido de su profunda melancolía:

—Déjate de eso, Diego, que aunque devoto y buen cristiano, no has nacido tu para esa vida. Mozo eres y gallardo, que las damas en estado de merecer y aun las otras se andarán delante de ti sólo porque tú vayas detrás de ellas, y lo mismo puedes servir a Dios en el último sacramento que en el penúltimo. Tú volverás a casa y en ella serás recibido con las mismas ansias y amores que aquel otro descarriado arrepentido de que nos hablan las sagradas escrituras. Luego te buscaremos una novia rica, bella y honesta, y tú verás cómo te está harto mejor el ser padre de familia que el ser padre de almas.

Y reía como una loca, haciendo reir también a su hermano, que besándole en la frente pagábale tan cuerdas locuras...

En comenzando a ser noche daban por finada la visita, porque era menester que a la hora de encender luces estuviera doña Inés en su casa. Recogía a la dueña, que dormitaba en un rincón de la salita, y prestamente tomaban el camino, no sin que alguna vez tuvieran que sufrir la impertinencia de algún galán de oficio, destos que llaman encerradores...

## CAPITULO X

Un alma *piadosa*, destas que velan por la vida ajena y suelen dormirse muy a pierna suelta sin curar de la propia, hizo llegar a las manos de don Luis de Lombía, esposo de doña Inés de Medina, esta carta que más que leerla devoraba el hidalgo a la luz de un velón:

«Señor excelentísimo:

»Por lo que importarle pueda a vuesamerced (que el asunto es cuestión de honra), lea esta carta hasta el fin, aunque luego la arroje pensando en que acaso sea calumnia o torpe venganza de alma ruin.

»Si vuesamerced estima como merece su buen nombre y reputación, no estará demás ni será inútil diligencia que averigüe a dónde va su doña Inés todas las

tardes, que a lo que parece no es precisamente a la novena como vuesamerced tiene creído y asegura ella por estar más libre de toda sospecha. A no ser que en el tiempo de ahora hayan trasladado tan piadoso ejercicio a un piso de cierta posada de la Cava de San Miguel...»

Tal quedó nuestro hombre con la lectura del pliego, que no sabía si reducirle a pavesas en uno de los cuatro mecheros del velón o cerrar contra su esposa y allí mismo acabarla, sin pedirle ni darle más razones, porque la certeza del delito no fuese tan cruel que mostrárale por entero la verdad de la infamia.

Mas juzgó que era mejor celarla camino del pecado, porque hasta él no dejaríala llegar. Su pundonor no tenía tanto aguante...

***

En la tarde de la mañana siguiente, luego del yantar, despidióse la dama del mal advertido esposo para ir a casa de sus padres, como solía.

Miróla don Luis un breve instante con tanta fijeza que parecía quererla clavar.

—¿Qué me miras así?—preguntó ella.

—Porque me gustáis y porque sois mía—respondió él con irónica extrañeza—y lo que me gusta y es mío, pláceme mirarlo mucho por si está de Dios quitármelo cuando yo más lo quiera.

—Habladme claro, marido, que no sé qué extrañeza advierto hoy en vuestras miradas y en vuestras razones. Jamás me mirásteis ni me hablasteis de esta suerte.

—No os dé cuidado, que son aprensiones vuestras. Andad, que ya sabéis cuánto gusta vuestra madre de teneros a su lado. Si vais a la novena, rogadle a Dios que me ilumine o que me ciegue, pero que no me tenga entre dos luces.

Salió doña Inés con la angustia en el alma, pues no sabía en verdad donde pudieran ir aquellos extraños razonamientos.

Detrás echó don Luis, vistiendo un traje que no había costumbre de ponerse, para desta manera pasar inadvertido a los ojos de su mujer.

Siguióla a cierta distancia muy cautelosamente hasta verla entrar en la mansión de sus padres, y por aquellas cercanías, muy embozado y el chapeo muy echado a las cejas esperó hasta que saliera.

Cierto es que no hay tortura como la de esperar, y más si el que espera piensa que está esperando su más fuerte desdicha, el acabamiento de su felicidad, la desbandada de las ilusiones, que durante años anidaron felizmente en su corazón.

Todo el tiempo que dura la guarda no hace sino devanarse los sesos en glosar y hacer meditaciones de su infortunio, gastarse las energías que al fin le florecen en canas y no tener noción del tiempo, pues los minutos se le hacen horas, las horas días y los días años.

De esta suerte acaeciale al atormentado de amor y celos don Luis de Lombía y Andrade.

## CAPITULO XI

Los tres cuartos para las seis sonaron acompasadamente ne un reloj conventual, cuando doña Inés, seguida por su dueña quintañona, dejaba la casa de su padre y encaminábase a la posada donde hospedábase su hermano don Diego.

Detrás, a muy pocos pasos, amparado siempre por las sombras y con la inmunidad del desusado indumento, seguíale el *ofendido* esposo, y si no previniera a un mismo tiempo para mayor venganza el castigo de entrambos culpables, en aquel mismo punto y hora finara la vida de la inocente y virtuosa dama.

Llegaron a la posada...

Don Luis quedóse unos momentos al resguardo de una reja, para dar lugar a que no hubiese disculpa, según sus planes, y como comprendió que ya era tiempo que los amartelados estuviesen juntos y en trazas de no poder separarse prestamente, entró en la posada como una centella, atropellando cuanto delante se le ponía, hizo que el huésped le acompañara al aposento y con una llave maestra franqueárale la entrada.

El hombre, como vió a aquel otro tan desasosegado y fuera de tino, pensándose que en ello íbale la vida obedeció.

Apenas fué la puerta franqueada, don Luis, con la espada desnuda, echóse dentro del aposento.

Ya doña Inés y don Diego habíanse puesto en guardia, alarmados por advertir que abrían con llave ajena.

Don Diego, que desde su borrascosa mocedad pudiera dar lecciones de esgrima a los mismísimos Carranza y Narváez, paró serenamente el primer embite, y aun era doble el juego y de mayor mérito, pues que a igual tiempo escudaba el cuerpo de su hermana, que decía llorando:

—Por Dios, ¡almas mías! Teneos. Ve mi don Luis que este infelice no es otro que mi hermano. ¿En tan poco me estimas, que por tan vil me tienes?

Pero el hidalgo, tomando la verdad como disculpa, arreciaba y cerraba con más furia en el combate.

Al fin, mirando don Diego que el más ligero descuido por su parte podría costarle la vida, preparó tan recia parada que la hoja contraria voló por los ámbitos de la estancia partida en dos.

El desarmado abrió entonces desesperadamente los brazos y poniéndose al alcance del estoque de don Diego exclamó:

—Pues que ya por dos veces habeisme arrancado el honor, arrancadme la vida una sola...

Y al cerrarlos se encontró en ellos a doña Inés y a don Diego.

## CAPITULO XII

. . . . . .

La dolorida dama hizo relación de toda la vida anterior y penosa odisea del mozo, de que el marido no tenía noticia, pues todos hubieron decidido empeño en hablarle de la existencia del malventurado don Diego.

—Y ved aquí—finó doña Inés—como deste desagradable suceso va a florecer la mayor ansia de mi vida. Volvamos ahora mismo todos tres a la casa de mi padre, para que tú mi don Luis quedes limpio de toda duda y abraces a tu hermano.

Don Diego, temiéndose una nueva humillación por parte de su padre resistíase a lo que proponíale su hermana, pero al decirle ella que negarse era mantener en pie el infame recelo de su marido, pues no había otro medio de probar lo cierto de aquellas entrevistas, todos tres salieron de la posada.

Es fama que durante el camino no desplegaron los labios.

Doña Inés llevaba la preocupación de que ni aun esto pudiera reducir la terquedad de su padre que entendía que el ser noble y honrado consistía en parecer recto de pensamiento y seco de corazón; don Diego, que pudiera ser aquella nueva entrevista un empellón que le arrojara de nuevo a la vida gallofa y desaprensiva; don Luis, que todo fuese una añagaza de amancebados sorprendidos, y el más pequeño descuido se escurrieran por cualquier calleja obscura y le dejaran sin honra y burlado...

Mas presto dejaron todos de darles vueltas a la bola de sus quimeras, pues como iban más que de prisa, llegaron sin casi advertirlo a la noble y austera mansión de don Juan Manuel de Medina...

Terminando el santo *rosario*, piadoso menester en que se empleaba en casi todas las casas cristianas la postrera hora de la tarde, hallábanse en el estudio del hidalgo, el avellanado viejo, su esposa doña Aurora y toda la servidumbre cuando dos recios aldabonazos dados en el portón de la calle hizo suspender el piadoso ejercicio y que el lacayo *Flechilla* bajara a ver quien era.

. . . . . .

Las dudas fueron puestas en claro. Reivindicada la honra de doña Inés y afirmada la vida anterior y vicisitudes de don Diego, pero ni en este trance angustioso cedía la voluntad férrea y necia del consejero.

Ni lágrimas de madre ni mimos de hija aprovechaban nada.

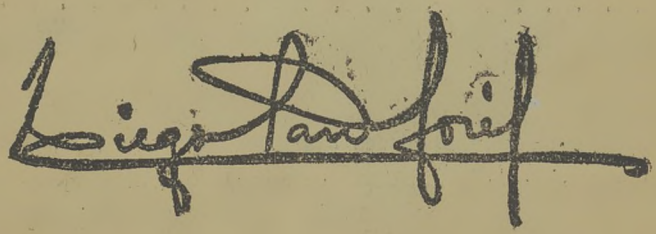
Fué menester que don Luis tomara bajo su patrimonio la persona de su cuñado e hiciera promesa de responder a cuantos le preguntaran quien era, que hijo de un *bien cristiano* que tenía en más los convencionalismos del mundo que las máximas de Cristo. Que habiendo caído aquel mozo por llevar aún los ojos vendados, el padre, en lugar de tenderle la mano indulgente y ayudarle a levantarse y curarle de la caída, dábale con el pie y le maldecía echándole a la perdición eterna luego de hacerle pasar por la justicia de los hombres.

Y con tanta alma hizo su discurso el buen hidalgo, que antes de finarle eran cuantos le oían eslabones de una fuerte cadena que el más puro amor de los amores fué forjando mientras las palabras de don Luis iban cayendo de su boca unas veces con iras de comunión y otras con arrullos de paz...

Cierto como nos habemos de morir que de haberse dedicado su merced al foro hubiera sido honra y prez de la toga española, pero no habiéndola menester por sus cuantiosas rentas, en toda su vida no se halla que pronunciara más discurso que aquel.

Sean todos en la paz del Señor, mientras quedamos nosotros por muchos años en la guerra del mundo.

Amén.



CALZADO WALK-OVER
Nicolás M.ª Rivero, 11, Madrid

**MONARCH** La máquina de escribir más moderna.—La que mayores perfeccionamientos reune.
REPRESENTANTE: ANTONIO LINARES
PEZ, 2, MADRID

**Atención:** Si los vasos capilares no funcionan bien, el cabello se seca y se desprende, produciéndose rápidamente la calvicie. Esto se evita estimulando el funcionamiento de dichos vasos, bulbos y glándulas sebáceas, lo que se logra aplicando el agua **La Flor de Oro**, sin rival para la conservación del cabello. — Se vende en las perfumerías y droguerías.

Evita el dolor de muelas
**ALCOHOLATO**
**ELIXIR DENTRÍFICO**
Perfuma el aliento
**Alcoholera, Carmen 10**

**MUEBLES**
**de lujo y económicos.**
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.
**CASA SOTOCA**
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39)
Hay guardamuebles.

**Fotografía BIEDMA** Calle de Alcalá, 23. Teléfono M - 730 Hay ascensor

# LOS ANIMALES

El jueves próximo aparecerá,

## LA RATA

**Precio del cuaderno: 20 céntimos**

# ES CÓMODO

para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere comprar, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

# LA NOVELA TEATRAL

publicará mañana domingo

## Papá Lebonnard

**Comedia dramática en tres actos**

## JEAN AICARD

**VEINTE céntimos.**

Oficinas y Talleres de PRENSA POPULAR propietaria de **La Novela Corta, La Novela Teatral** y **Friné.**—Antonio Palomino, 1, y Calvo Asensio, 3. Madrid.